

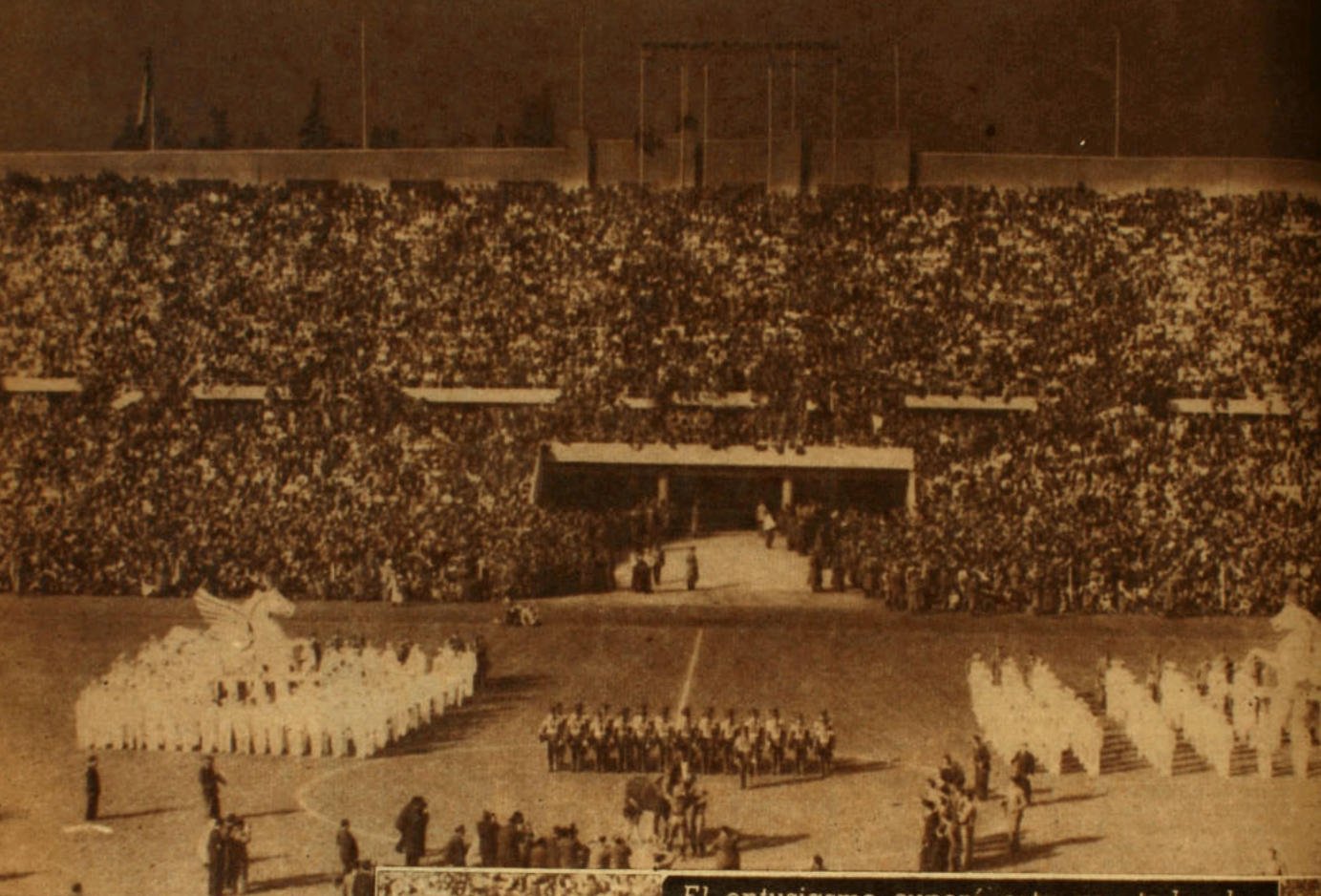
LORENZO ARAYA  
eficiente defensor  
de Iberia.

**estadio**



EL CLASICO UNIVERSITARIO DIURNO

# VICTORIA DEL PUBLICO



Sesenta y seis mil personas se unieron al emocionante homenaje, que la barra de la Universidad de Chile rindió a la equitación chilena. Frente a Pegaso, el caballo de leyenda, y ante un grupo de los mejores equitadores chilenos, Huaso, el caballo que posee el record mundial de salto alto, fué coronado con ramos de laurel. Fué ese el momento culminante del clásico, en el aspecto emotivo.

No quisieron los universitarios de Santiago estar sólo en su fiesta máxima. Dándole a esta un carácter verdaderamente nacional, la barra católica incluyó en su actuación un homenaje a las universidades de Concepción, Santa María, Católica de Valparaíso y la nueva Universidad Técnica del Estado, proyección ampliada de la actual Escuela de Artes y Oficios. En la foto, desfilan abanderadas y representantes de esas entidades estudiantiles.

El entusiasmo superó esta vez todos los records anteriores, y fué la nota culminante del espectáculo.







Hubo en la cancha un equipo superior, que mereció con justicia la victoria, y fué el de la Universidad Católica. Aunque el nerviosismo propio de una ocasión tan magna restó calidad al espectáculo deportivo, hubo una clara diferencia en aplomo y organización entre vencedores y vencidos. Ella se derivó del desempeño sereno y eficiente de los dos insiders católicos, Monestés y Moreno, que fueron, en ese mismo orden, las figuras del clásico.



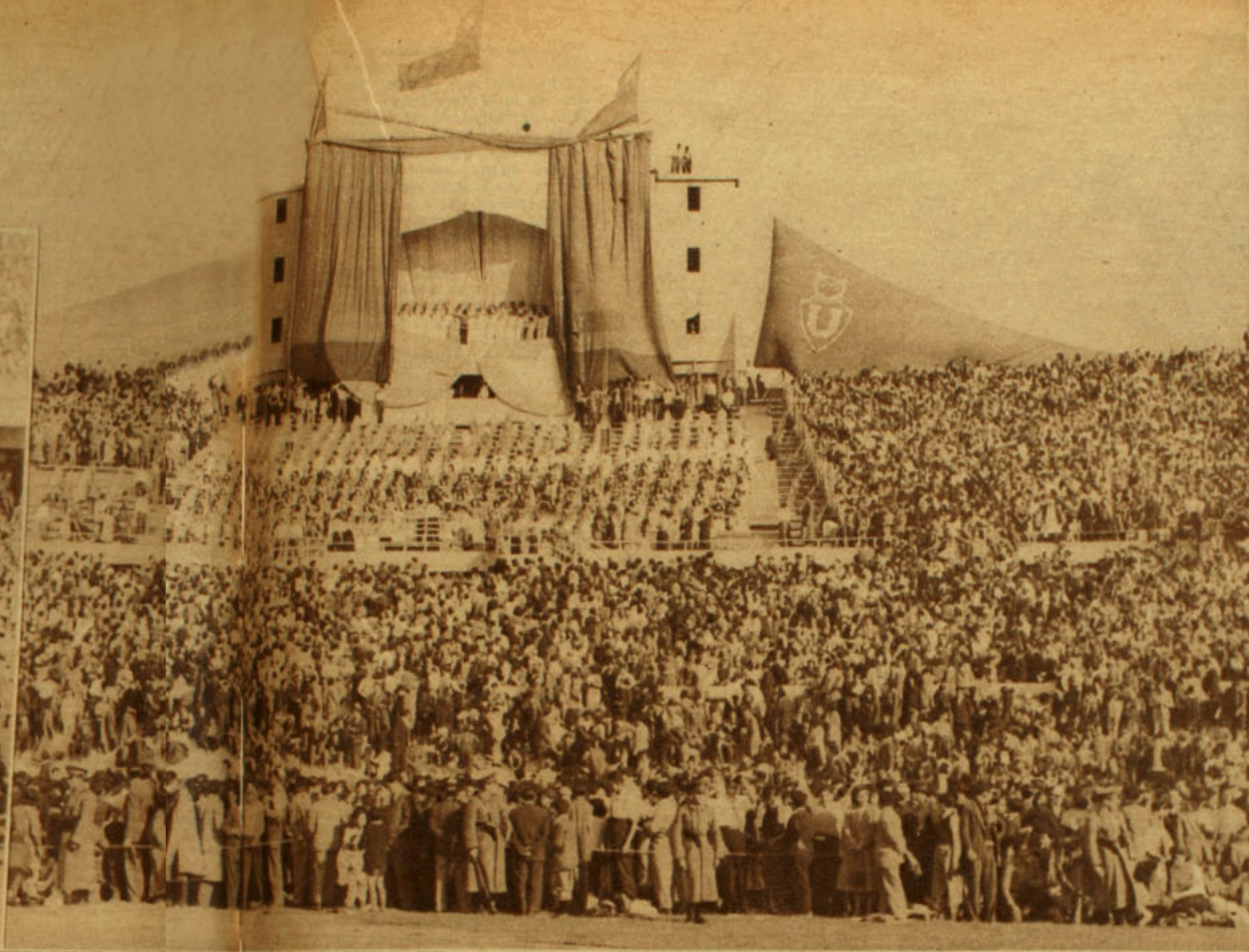
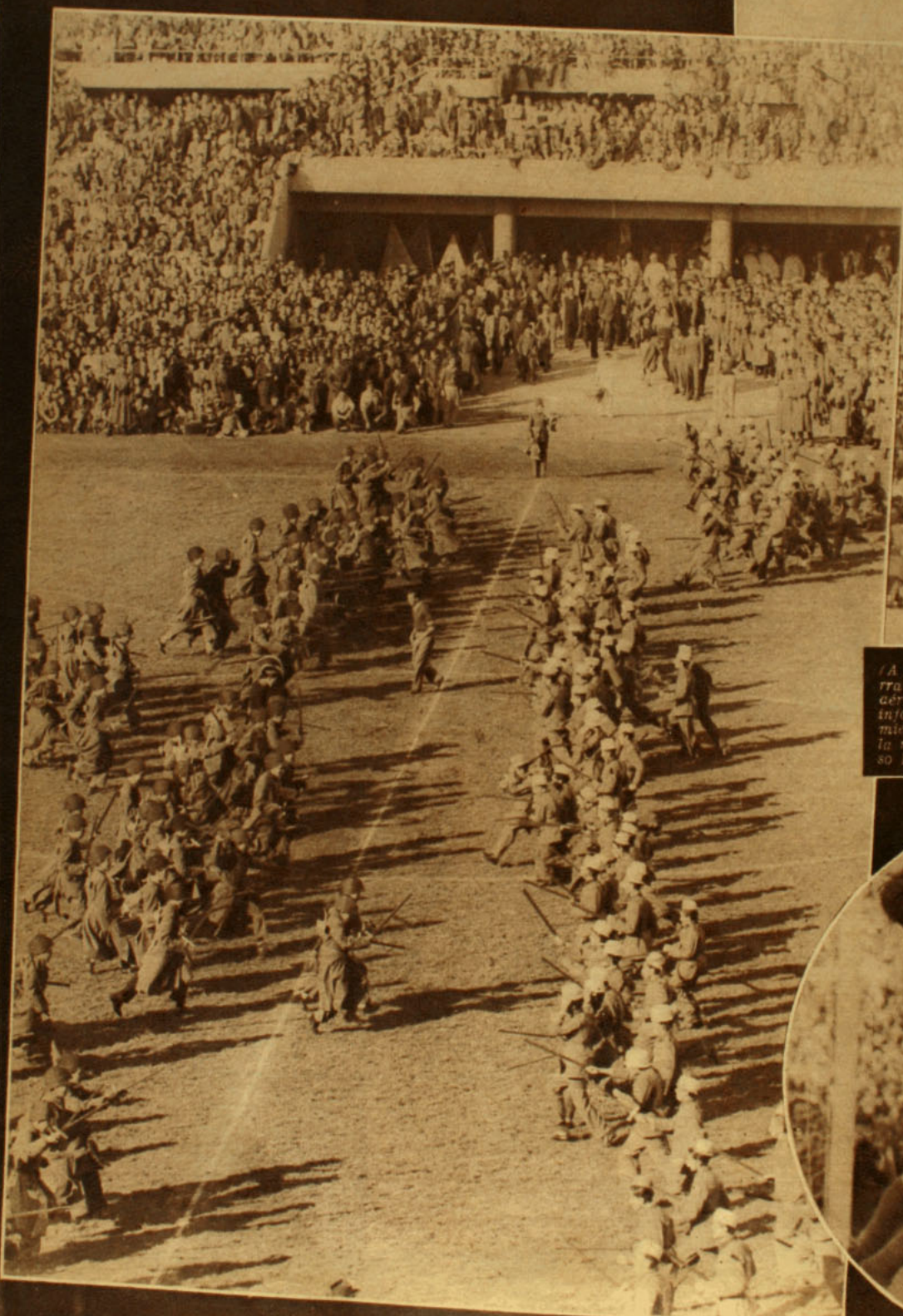
Ltvingstone tuvo poco trabajo, pero, cuando intervino, lo hizo con calidad. No solamente atajó el penal de Ramos, sino que despejó, en el segundo tiempo, situaciones de mucho peligro, como ésta, en que golpea la pelota con el puño antes de que Abatte pueda rematar. Roldán obstaculiza al delantero celeste.



**D**ICEN que ganó la Católica, y es cierto que hizo más goles; pero a mí me parece que el vencedor fué el público. Lástima que no haya tableros para registrar sus hazanas, porque bien vale la pena dejar constancia de ellas.

**En barras y en futbol se impuso la Católica.**

Sobre todo en estos clásicos universitarios. Y es una injusticia repetir siempre: "Se impuso la Católica" o "Triunfó la Católica", sin reconocer que, a veces, el que gana es el público. Hay muchos elementos en un clásico

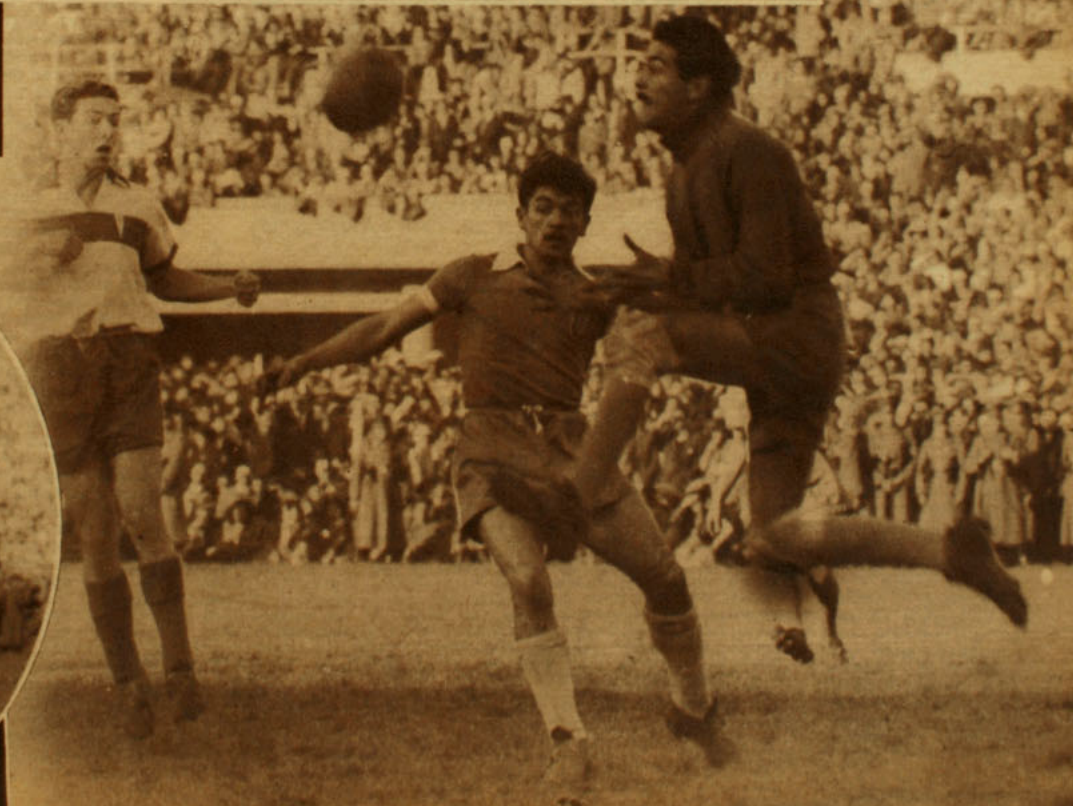


(Izquierda.) El coro universitario cooperó en la barra de la "U", interpretando el Himno Nacional, en un arreglo a dos voces, mientras se izaba en la torre Sur la bandera chilena. Fue otro momento emocionante del clásico vivido y gozado por un público para el cual resultó estrecho el gigantesco estadio.

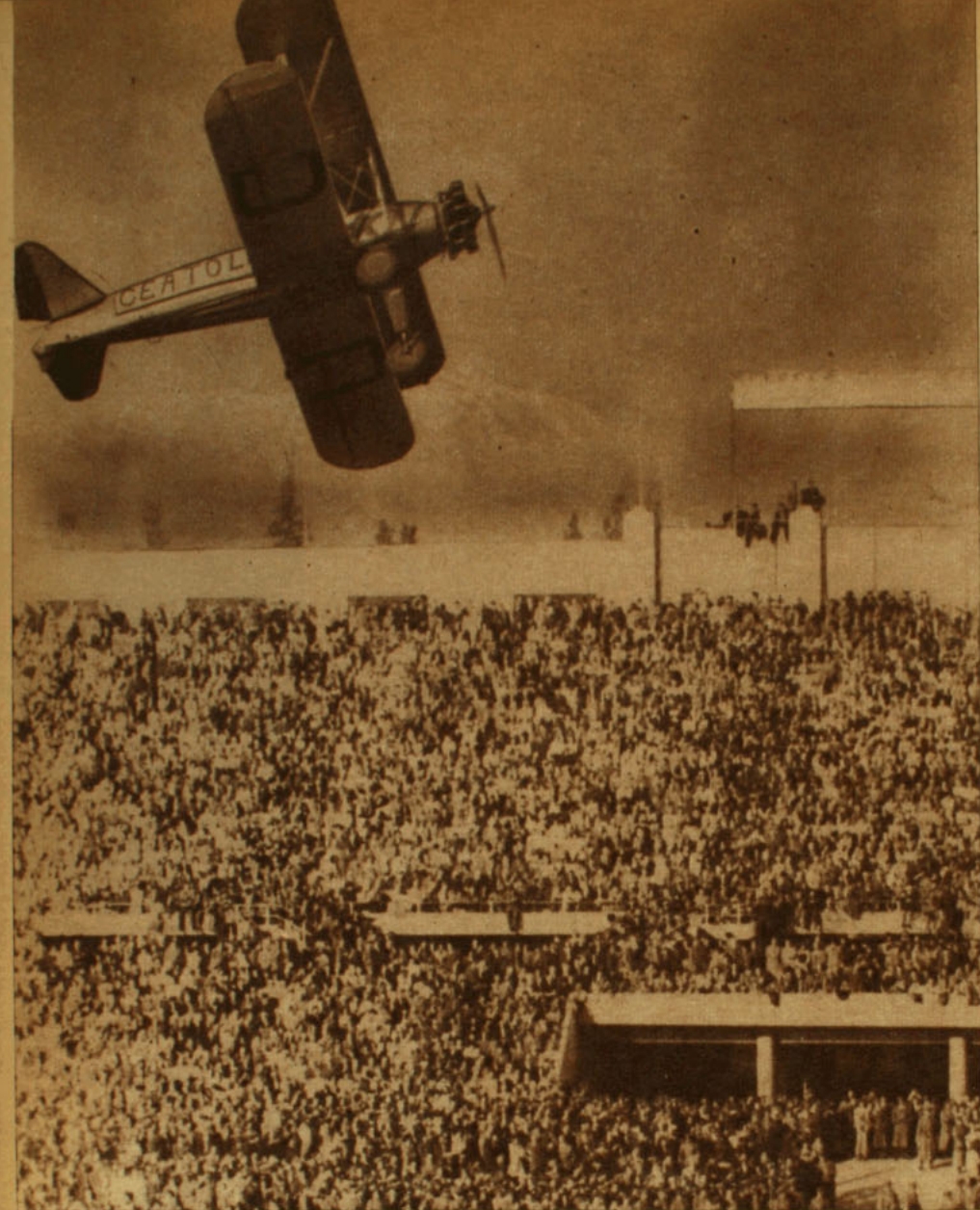
(Abajo, al centro.) La "U" perdió la oportunidad de empatar cuando Livingsstone dotuvo un lanzamiento penal. Hubo quizás falta de paciencia de parte de Ramos, pero eso no basta a oscurecer el mérito del arquero católico, que volvió a ser puntal de su equipo.

(Abajo.) Raimundo Infante, bien dirigido y alimentado por sus dos excepcionales insiders, fue una constante preocupación para Ibañez, a quien vemos aquí adelantándose a una entrada del centro delantero católico, mientras Gutiérrez no alcanza a intervenir.

(A la izquierda.) La barra católica presentó una guerra en broma, con ahincada seriedad y un ataque aéreo espectacularmente rápido. Aquí vemos a la infantería de ambos bandos, dando a la bayoneta, mientras sus generales permanecen cómodamente en la retaguardia. En estos días, en humor se impuso la barra católica.







Un momento de intensa emoción se produjo cuando Carlos Cortínez, piloto aviador de la Universidad Católica, participó en el desempeño de su barra. El arrojo del aviador, que voló a muy escasa altura sobre el estadio y evolucionó realizando complicadas acrobacias aéreas, fué premiado con una atronadora ovación.

res. Y como pedía siempre más, hubo que complacerlo. Un espectáculo que no tiene paralelos en nuestra historia deportiva y que apenas los tiene en el deporte mundial. Algo que no es ni enteramente deportivo ni totalmente artístico. Que cada año parece imposible de superar y que siempre se supera.

Durante todo el año 1948 venció el espectáculo. Los dos clásicos, diurno y nocturno, fueron los mejores de todos, en calidad y atracción. Por eso, y por muchas otras cosas que no caben en una sola crónica, el público se superó esta vez, batiendo todos los records anteriores. Como en las informaciones cablegráficas que vienen desde Estados Unidos, hubo "colas" desde la noche anterior en las boleterías del Estadio Nacional. A las 5 de la mañana, de una madrugada muy fría, había ya un centenar de entusiastas que querían verlo todo desde la mejor ubicación. Las entradas numeradas estaban agotadas nueve días antes. Las galerías se agotaron a la una de la tarde, cuando todavía millares y millares de optimistas acudían en automóvil, tranvía o microbús. Sesenta y seis mil personas vieron el partido desde tribunas, galerías, velódromo y cancha de atletismo. Por lo menos otras diez mil se ubicaron en el pasto, alrededor del Estadio, y siguieron el desarrollo del encuentro por los gritos de los que estaban dentro. Nadie podrá decir cuántos fueron los que regresaron, carilargos y desilusionados, sin haber podido escuchar las barras ni ver los goles de Monestés e In-

## EN UN CLIMA DE NERVIOSIDAD, VENCIO EL CONJUNTO MEJOR ORGANIZADO.

universitario. Desde luego, la rivalidad futbolística de los dos equipos. Además, la rivalidad artístico-humorística de las barras. Pero la pugna más grande de todas se libra entre el público y el espectáculo. La mejor demostración de su importancia es que, para superar las expectativas de la concurrencia, tienen

fante. Aquel Estadio Nacional, que hace diez años parecía imposible de llenar, le queda chico al "Clásico Universitario".

Claro está que, en esas condiciones, era difícil que el espectáculo superara al público. Más aún, puede decirse

### LO MEJOR

**H**UO tres aspectos culminantes en este clásico diurno de las Universidades: Federico Monestés, "Huaso" y las acrobacias aéreas de Carlos Cortínez. El orden es lo de menos. Cada uno en su plano, fueron lo mejor del clásico.

En lo deportivo, Monestés. Muchos miles de personas fueron a ver a Moreno, pero todas terminaron ovacionando a Monestés. El fué el verdadero animador del equipo católico, estuvo empujando sin cesar a la delantera y, cuando la "U" amenazó con renequear, fué tan eficiente defensa, como buen atacante. Para rubricar su desempeño, convirtió uno de esos goles que consagran, irrito exclusivo de su habilidad individual.

En lo emotivo, "Huaso". Tranquilo pero ávido, simbolizó durante unos minutos a todas las glorias de la equitación chilena. La corona de laurel que recibió, fué tan suya, como de la "Chilenita", de "Toqui", y de los hombres que los montaron. Y el soldado González, que lo llevaba de la brida, fué, por un instante, la personificación del roto chileno, de sus virtudes y su grandeza.

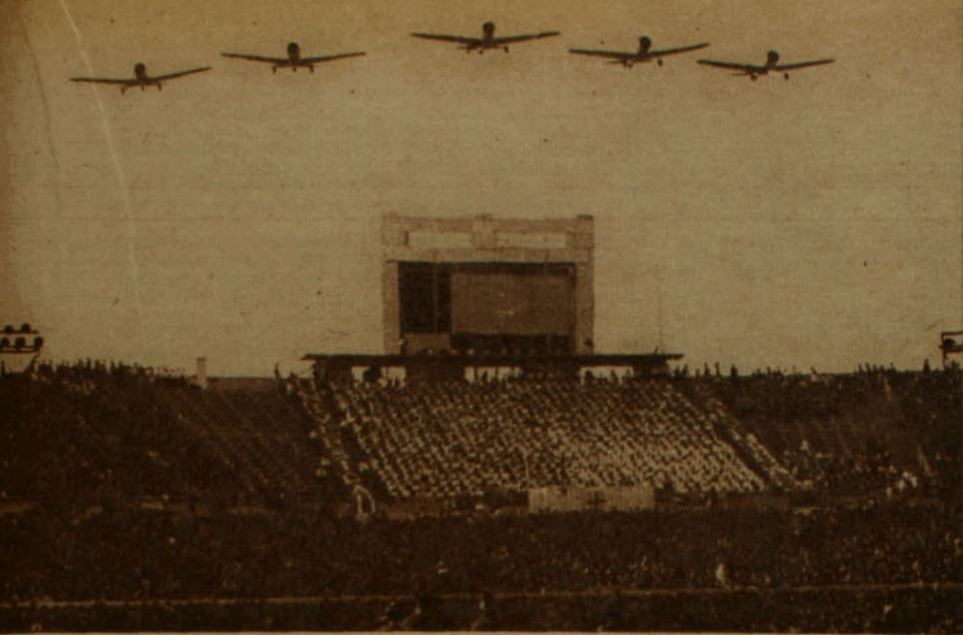
En lo espectacular, Cortínez. Mantuvo durante media hora retenidos sesenta mil alientos con sus evoluciones valerosas y, aunque se le puede tildar de demasiado arriesgado, no puede negarse que las mismas personas cuyas vidas puso en peligro, vivieron, gracias a él, un momento inolvidable. Conventría, sin embargo, impedir la repetición de esa espectacular prueba, que si llegara a fallar en cualquier detalle, podría originar una tragedia de proporciones.

que unirse todos, celestes y cruzados, la U sola y la UC. Livingston e Ibáñez. Y no siempre ganan, como sucedió esta vez. De esa pugna invisible, pero real, han nacido estos clásicos de ahora, deslumbrantes y únicos. Los muchachos universitarios pusieron sus equipos de fútbol, su buen humor y su entusiasmo juvenil en un espectáculo que en un principio era simpático, pero pequeño. El público gustó de él y expresó su agrado concurrendo en cantidades cada vez mayo-

que el espectáculo mejor lo dió el público mismo. Bajo un brillante sol de primavera, que también quiso colaborar al éxito de la fiesta, el Estadio parecía una joya de innumerables facetas multicolores, como si algún gigante hubiera derramado sobre él cíclopeos puñados de papel picado. Cada asistente fué, al mismo tiempo, espectador y parte de esa visión de feria insuperable.

Lo demás, barras y encuentro de fútbol, quedó, al mismo tiempo empujado y realizado por ese





(Izquierda.) Fuera de programa, aparecieron también sobre el estadio cinco cazas de la Fuerza Aérea de Chile, que pusieron otra nota espectacular en el programa. En general, aunque las barras estuvieron por debajo de sus antecedentes, los números extraordinarios, como aviones, cañonazos y el homenaje a la equitación, salvaron el espectáculo.

(Abajo.) Intuyo mucho en la baja calidad del partido la presencia de un público inquieto y nervioso, en los bordes mismos de la cancha. Ese fué un handicap que encontraron ambos conjuntos, y que sólo en contadas ocasiones superaron del todo.

marco gigantesco. Ningún chiste puede resultar malo si lo ríen sesenta mil personas. Ningún encuentro puede ser monótono, si cada avance es coreado por sesenta mil gargantas. Pero para merecer aquellas risas y estos gritos habrían sido necesarios chistes excepcionales y jugadas de espectacular realización. Y ellos no se produjeron, salvo muy contadas excepciones.

Los organizadores de un clásico universitario y los que juegan en él hacen frente, cada vez, a un desafío sobrehumano. ¿Quién es capaz de igualar los sueños de la colegiala que va al fútbol una sola vez al año? ¿Quién puede realizar las jugadas que imagina, antes de dormirse, el niño que ha estado portándose bien en el colegio durante seis semanas para poder ir al clásico? Los que preparan el espectáculo tienen que superarse todo el tiempo, y a veces, como ahora, tiene que haber una forzosa pausa en su incesante ascensión. Pero ella tiene que ser solamente momentánea. Porque para el Clásico Universitario, como para todas las grandes realizaciones humanas, el dilema es conminatorio. Renovarse o morir. Y el público es un amo intransigente. Quiere siempre más.

La batalla de las barras y los goles la ganó claramente la UC. Sin superar sus anteriores actuaciones, la barra católica las repitió, por lo menos. En cambio, en la de la Chile faltó algo. Aspiró a la grandiosidad, sin alcanzarla por completo. Buscó la gracia sin encontrar la oportunidad ni la agudeza de otras veces. Lo hizo todo un poco menos que bien. Y no dejó margen con su decaimiento, al duelo de tallas, que en clásicos anteriores ha formado la mejor parte del espectáculo. Por su parte, el adversario ganó sin superarse. El lucimiento de una y otra barra se derivó principalmente de elementos ajenos a la fiesta misma. Los cañonazos y el avión de la Católica. La presencia en la barra de la Chile del caballo y los jinetes que han cubierto de gloria a la equitación chilena. Y las palabras lejanas del capitán Larraguibel, más emocionantes quizás por haber sido deformadas por la estética.

## MONESTES FUE LA FIGURA DEL PARTIDO.

En cuanto al partido mismo, ya es un lugar común decir que constituye la parte menos importante de la fiesta. Esta vez, en los cálculos previos, parecía que iba a ser distinto el caso. En primer lugar, estaba Moreno, con la magia de su nombre, sinónimo de calidad futbolística. En seguida, la colocación de ambos conjuntos en la tabla de posiciones de la División de Honor. Si ganaba la Católica, quedaría de puntero absoluto; si se imponía la "U", obtendría el segundo puesto, a sólo un punto del primero. Un partido así, aun sin barras y sin copuchas, habría llenado el Estadio. Y, además, estaba esa famosa delantera beleste tan buena, en el papel, que sus reservas podrían constituir



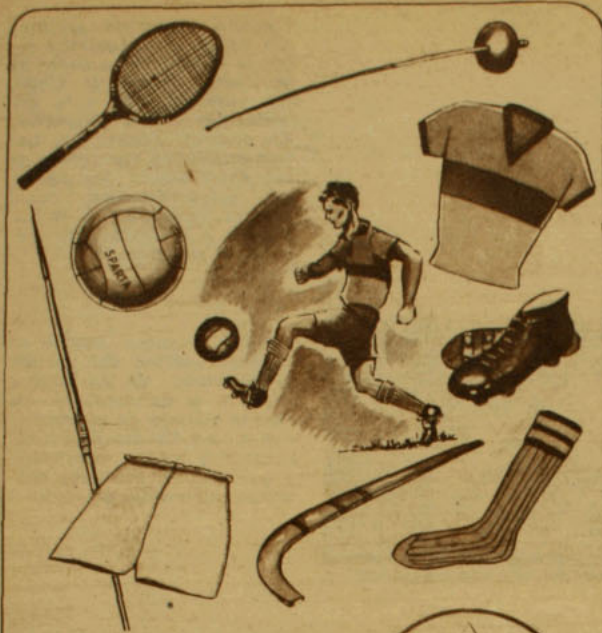
la nómina titular de cualquier buen conjunto de primera.

Esos eran los cálculos previos. La realidad fué distinta. Es muy difícil jugar bien cuando hay 30.000 personas que desean la victoria, y otras tantas que celebran cada falla. La pelota cobra vida propia y se escapa de los pies cuando las galerías empiezan a un metro de los bordes de la cancha. La delantera millonaria de la "U" perdió sus pergaminos entre la confusión del público. Las defensas de ambos bandos dejaron de lado la marcación y las tácticas, y se lanzaron detrás de la pelota como toritos jóvenes, enfurecidos por un trapo rojo. En vez de manejar con destreza el balón, se le buscó con entusiasmo desmedido. Y, para que la vehemencia no se convirtiera en rudeza excesiva, el árbitro tuvo que mantener su silbato en permanentes funciones, cortando las jugadas y cobrando, entre otras cosas, esos dos penales, demasiado severos quizás, pero necesarios para refrenar el empuje excesivo de las defensas.

En ese clima de nervosismo y anhelo desmedido de vencer, tenía que imponerse aquel equipo que conservara mejor la calma. Fué la Católica, porque contó con dos insiders veteranos de muchas otras jornadas grandes del fútbol con-

(Continúa a la vuelta)





ARTICULOS PARA EL DEPORTISTA A  
 PRECIOS Y CALIDAD SIN COMPETENCIA  
 AGUSTINAS 1109  
 SE DESPACHA CONTRA REEMBOLSO  
 CASILLA 574



**PARA DEPORTES**  
**"EL TURISTA"**  
 PUENTE 560, FRENTE AL CORREO, SOMOS FABRICANTES

<b>CAMISetas FUTBOL.</b>	<b>PANTALONES FUTBOL</b>
Un color, o cuello distinto, el juego, \$ 620.—	En cotton, \$ 35.— En piel fina, blanco, \$ 75.—
Con franja al pecho; banda o "V" \$ 720.—	<b>MEDIAS FUTBOL.</b> \$ 25.—
Listadas vertical, de 5 cm. \$ 850.—	En algodón etc. \$ 22.—, Aborlonadas, \$ 30.—
	En lana fina, \$ 38.—, Dobles, a \$ 55.—
<b>ZAPATOS FUTBOL.</b>	<b>PELOTAS FUTBOL REGLAMEN-TARIAS</b>
Tipo Colo Colo, del N.º 22 al 30, \$ 115.—	De corrian, infantil, \$ 270.—, Adulto, \$ 295.—
Tipo Colo Colo, del N.º 31 al 37, \$ 130.—	De valvula, infantil, \$ 310.—, Adulto, \$ 350.—
<b>CHOLITON,</b> una pieza, forrados, con tobilleras y estoperoles (toperoles) sobre fibra, a \$ 190.—	Rodilleras, e u., \$ 38.— Tipo especial, \$ 60.—
Super Olimpico, modelo extra, \$ 240.—	Tobilleras, e u., \$ 38.— Tipo especial, \$ 60.—

**REEMBOLSOS - CASILLA 2077 - SANTIAGO**

**VICTORIA DEL...** VIENE DE LA VUELTA linental. Monestés y Moreno cumplieron esta vez, mejor que en otra alguna, su función de organizadores. Sin estar ellos mismos completamente serenos, tranquilizaron a sus compañeros, sirvieron de estabilizadores y pusieron precisión y calidad en un partido que se estaba jugando a base de buena voluntad. Ello significó la diferencia entre el triunfo y la derrota. Cuatro goles para la Católica y uno sólo para la Chile.

El triunfo es particularmente valioso, no solamente porque vale dos puntos, el primer lugar de la tabla y la satisfacción de una victoria clásica, sino también porque, justamente en esta ocasión, vino a encontrar el conjunto católico la fórmula más aproximada a la solución de sus muchos problemas. Aun siendo puntero, el equipo de la cruz y la franja distaba mucho de estar bien armado. Fuera de José Manuel Moreno, no tenía un solo elemento estable en su delantera, que trocaba puestos en cada partido. Y los puntos se fueron ganando gracias a la resistencia heroica de la defensa, encargada de aferrarse a ventajas demasiado exiguas para ser confortables. En cuanto tuvo que cambiar de sitio a Monestés, el equipo católico sufrió su primera derrota.

La solución vino con el clásico. Manolo Alvarez en el lugar de Monestés, éste como insider retrasado, y Raimundo Infante en el centro de la línea de ataque. Alvarez, en buenas cuentas, queda en el lugar que le ha sido siempre habitual. Es un mito hablar de halves de ala en nuestro sistema de juego. Uno de ellos, por lo menos, es un back al wing, y Alvarez se hizo futbolista desempeñando ese puesto.

Como inter retrasado, Monestés sigue haciendo lo que había hecho siempre. Colaborar con Moreno en el centro de la cancha y alimentar la delantera. E Infante, muy distante en realidad de ser el centrodelantero ideal, puede limitarse ahora a una tarea relativamente sencilla: liquidar las jugadas concebidas e iniciadas por sus dos excepcionales interiores. No es, sin duda, el hombre ideal, pero con tan valiosos "partners" puede realizar algo efectivo.

Todo eso funcionó en el clásico, facilitado por la defecación de los integrantes de la "U". La defensa católica despejó con notable regularidad. Monestés y Moreno organizaron, e Infante y el propio Monestés remataron las jugadas. Riera, que había estado incómodo y lento como centrodelantero e insider, volvió a su puesto normal, y Mayanes, aunque se vió poco, hizo lo de siempre: enredó y molestó a la defensa celeste. Infante tuvo una docena de oportunidades y aprovechó dos. Una que fué gol y otra en que dió un gol a Monestés. Moreno, que corrió esta vez mucho más que en sus anteriores partidos, tuvo a su lado un colaborador brillante, y pudo dictar cátedra en su zona de influencia. Y Monestés fué, como nunca, el motor del equipo. Estuvo en todas partes, defendió, alimentó y remató. Hizo el Moreno tan bien, que muchos de esos espectadores de clásico, que van al futbol una sola vez al año, creyeron que era él el astro máximo y corearon equivocadamente el nombre del ex crack de River cuando Monestés anotó el cuarto gol del partido.

En la "U", en cambio, imperó el desconcierto. Hubo tanto entusiasmo, que éste se convirtió en desorden. Ansiosos de triunfar, los celestes buscaron la pelota y olvidaron la táctica. Avanzaron impetuosamente; pero no organizaron nunca sus avances.

Ese fué el clásico, y el vencedor fué el público. Pero el desafío quedó planteado. Los juveniles organizadores y protagonistas no pueden dejarse superar ni siquiera por 66.000 personas. Y su reacción tiene que significar otro escalón más en la incesante ruta de ascenso de la fiesta universitaria. Esperemos el clásico nocturno.

PEPE NAVA.

COMPOSTURAS  
 TRANSFORMACIONES  
 Y TEÑIDOS  
 EN SOMBREROS



SOLO una dirección:  
 BANDERA 860

LIMPIADOS Y APLANCHADOS RAPIDOS

**OLGUIN** M.R.

BANDERA 860 · FON0 87528 · SANTIAGO